

Suscripción

Gerona un mes . . . 1 Pts.
 Provincia y resto
 de España Trim. 4 "
 Extranjero " 7'50"
 Número suelto
 5 Céntimos

CIVIDADANIA

Diario republicano autonomista de avisos y noticias

Agencias, recibidos
 y esquilas
 Precios convencionales
 De los originales firma-
 dos son responsables
 sus autores

AÑO I

OFICINAS:
 Rambla de la Libertad, 33.-GERONA

Miércoles 21 de Septiembre de 1910

Dirección Telefónica:
 CIUDADANIA.—GERONA

Núm. 41

Un libro sobre Balmes

Acaba de publicarse en esta ciudad un libro docto y fervorosamente escrito: *La vida y las obras de Balmes*. En la portada se lee este nombre: Narciso Roure. Muchos se habrán preguntado: ¿quién es el Sr. Roure? El señor Roure no había producido nada, no era conocido en los centros intelectuales, no intervino nunca en las cuestiones políticas que agitan de un tiempo a esta parte a nuestro pueblo; y he aquí que, ahora, al celebrarse el Centenario del ilustre filósofo vicense, se revela en el campo de las letras, y se revela con una obra llena de madurez, con un estudio biográfico escrito con erudición y método, en el que resplandecen un criterio imparcial y una devota simpatía.

Esto tiene mucha importancia. El nuevo escritor se presenta con sus propios méritos; el prestigio que puede alcanzar sólo en ellos se funda. Si ha producido un libro de tal consistencia, débese precisamente al recogimiento, a la vida toda interior que es necesaria para esta clase de trabajos. La palabra del autor de la *Filosofía fundamental* ha llegado hasta él directamente, sin encontrar obstáculos, en toda su pureza, de alma a alma. Porque no hay duda, a juzgar por tan sugestivo libro, que el señor Roure, durante una buena parte de su vida, sólo ha vivido la vida y las obras de su filósofo.

Nosotros distamos mucho de pensar como pensaba Balmes en los más trascendentales problemas que traen divididos a los hombres. El hacia consistir la posible renovación de España en un estado de derecho sin influencia alguna de la Revolución, aunque informado—y en esto se diferencia esencialmente de la mayoría de los pensadores tradicionalistas—por las necesidades de lo nuevo; en cambio, toda nuestra tradición espiritual tiene sus raíces en la Revolución Francesa, hasta considerar que todo lo que se aparte de ella equivale a una como desviación del espíritu humano.

Consiguientemente, tendríamos que oponer más de una vez nuestras ideas a las del señor Roure; pero como la construcción filosófica de Balmes tiene un valor fundamental que la coloca a la altura de los más encumbrados sistemas, nos limitaremos a señalar los aciertos, que no son pocos, y las equivocaciones, si las hay, del libro cuya lectura nos ha sido tan amable.

También admiramos nosotros a Balmes, que no es la gloria de un partido, sino una gloria nacional, aunque acaso no lo hayan entendido así, según ciertos detalles que han dado a conocer los periódicos, los organizadores del Centenario. Las obras de Balmes creemos nosotros que no deben faltar en la biblioteca de todo hombre medianamente estudioso.

Hay, pues, algunos puntos en que la admiración del señor Roure y la nuestra confluyen: la grandeza del pensamiento de Balmes, la bella sinceridad de que revistió todas sus palabras y todos sus actos, la altitud de su alma. Todas estas cualidades nos

las hace sentir el comentarista; y las haría sentir, de seguro, al menos dispuesto a ello.

Guiados por él comprendemos la portentosa inteligencia de Balmes, le seguimos con interés en sus andanzas, tomamos parte activa, por decirlo así, en sus luchas—en las cuales, si pueden notarse errores, jamás deja de brillar la más alta nobleza—y sentimos amargura cuando se le trata como a los incomprendidos, y nos es alegría verle imponerse al adversario con la fuerza de su dialéctica, con su reflexiva tenacidad, con aquella confianza suya, más que en sí mismo, en la virtud y en la bondad de la idea que patrocinaba.

En la vida de Balmes hay dos momentos culminantes de activa intervención. Es el primero su empeño de que la reina Isabel contrajera matrimonio con el conde de Montemolín, logrando así la unión de las dos ramas de los Borbones españoles.

«Balmes—son palabras de su biógrafo—veía en peligro los dos grandes sentimientos que daban unidad al pueblo español, que informaban sus instituciones, sus leyes sus costumbres, su historia entera: el sentimiento religioso y el sentimiento monárquico, y quería salvarlos por medio de una solución armónica entre las dos tendencias que habían dividido en dos campos la sociedad española, en la cual dominaban todavía aquellos sentimientos.»

El segundo momento importantísimo en la vida del eminente filósofo, es la publicación del folleto sobre Pío IX, a cuya defensa salió Balmes, por sus primeras reformas liberales, «contra los ataques que le dirigía el partido monárquico religioso y una parte del pueblo de España.» A Balmes, con su perspicuo talento, no se le escapaba que la intransigencia vaticanista había de ser, al fin y a la postre, la propia ruina de Roma; de aquí su aprobación a unas reformas tardías, con las que aquel Pontífice, que había de redactar más tarde el negro *Syllabus*, no pudo evitar que el poder temporal fuese socavado en sus bases. Dado el espíritu liberal de Balmes, no es aventurado conjeturar que, de haber llegado a vivir en nuestros tiempos, sin ser un padre Lamennais, cuya comparación rechazara en sus últimos años, se hubiera mostrado enemigo de la intolerancia católica que, por querer dominarlo todo, lo pierde todo.

A pesar de todos sus esfuerzos y de toda su voluntad, el proyectado enlace no se efectuó, desvaneciéndose la grande y casi única esperanza que en él fundara Balmes. Este «fracaso» llenóle de hondo desconsuelo, y la indocta agresividad con que fué acogido su folleto sobre Pío IX acabó de amargarle, pues no se perdonó ataque ni injuria contra el autor, y esto por parte de los fanáticos de los partidos más reaccionarios.

Las decepciones experimentadas, no hay duda que precipitaron el desenlace de aquella vida ejemplar, de tan corta duración, en la que no se comprende una labor tan vasta y tan escogida a un tiempo mismo. Diríase que Balmes ya tenía el presentimiento de que no viviría muchos años y que en virtud de él pudo vivir tan in-

tensamente. El milagro de su producción múltiple y copiosa no se explica de otro modo.

Es admirable ver cómo se armonizaba en Balmes la personalidad del polemista, siempre en la brecha en defensa de sus doctrinas políticas, teniendo que habérselas con contradictores no siempre leales y justos, con la personalidad del filósofo benedictino que concibió *El Protestantismo comparado con el Catolicismo* y las célebres *Cartas a un escéptico*. De él puede decirse, como de pocos, que meditó y actuó. La meditación no le condujo nunca a la inacción. Los ventanales de su celda silenciosa estaban abiertos sobre la gran plaza pública.

Como observa muy bien el señor Roure, con dificultad hubiera trabajado Balmes más eficazmente por el pensamiento y la grandeza de España, si no hubiese vestido hábitos sacerdotales. Verdad es que su papel de filósofo y publicista absorbió casi por completo, relegando a término secundario su carácter de sacerdote: sus discursos sagrados no llegan a seis, ejerció muy poco y aun a disgusto su ministerio de confesor, y la intención de ofrecerle un obispado, en premio a sus virtudes y merecimientos, era para él como una amenaza, hasta el extremo de que únicamente lo hubiera aceptado bajo pena de excomunión.

El estilo de la obra del señor Roure, claro, sencillo, igual, muy elevado al tomar partido por Balmes y al llegar a los angustiosísimos instantes de su muerte, mantiene nuestra atención, porque, sin llegar a una expresión definitiva, no decae nunca, ni es afectado ni oscuro, como suele serlo el de aquellos escritores que buscan la originalidad a toda costa, a costa de la claridad sobre todo.

El señor Roure llega a compensarse a menudo con su inmortal biografiado, y algunas páginas de su libro traen a la memoria la diaphanidad de aquel estilo que de un modo tan elegantemente sobrio, proporcionado y exacto vestía el pensamiento de Balmes.

No suele meterse el señor Roure en enojosas disquisiciones ni hace vanos alardes de erudición; las citas son hechas a propósito, sin incurrir nunca en pedantismos, ni aun al combatir aquellas libertades que el crítico reputa funestas para la nación, ni al censurar las ideas modernas. En esto último, sea indicado de paso, no obedece el señor Roure a impulsos misoneístas, propios de espíritus estrechos: como su maestro, su ideal es la armonía entre el pasado y el presente: aceptar lo nuevo si puede adaptarse a nuestras tradiciones, conservando éstas en lo que tienen de perdurable.

Esto no obstante, á veces se observa en el autor cierto exclusivismo propio de la escuela escolástica; algunos cargos suyos recuerdan la atmósfera del Seminario ó la seriedad de la Cátedra, como, p. e., en frases como «los delirios de la monstruosa tesis hegeliana», en determinadas apreciaciones acerca del nacionalismo catalán y al decir que da pena ver á Taine declarar que su evangelio, el evangelio de los sabios y de los

filósofos, es Marco Aurelio, dejando para el pueblo los enseñanzas de Jesús.

El señor Roure demuestra que para hacer el panegírico de Balmes no se ha contentado con el estudio profundo de todos sus escritos. Tratándose como se trata de una crítica absolutamente afirmativa, hecha con simpatía y entusiasmo jamás disimulados, pudiera fácilmente creerse que sus investigaciones no han ido más allá de los materiales que ofrece al estudio el pensador de Vich. Pero no hay tal. Por observaciones muy en su punto, por los conceptos justos que abundan en el libro y en los que quedan bien definidas las opiniones y maneras de ver del autor, dedúcese claramente que posee una cultura amplia y depurada, que no le son extrañas las teorías científicas de nuestro tiempo, que no le es ajeno casi ninguno de los filósofos que han enriquecido con su caudal de ideas el pensamiento humano, á partir especialmente de Kant, de quien, según el señor Menéndez y Pelayo, «arranca toda la filosofía moderna, ya como derivación, ya como protesta».

No es raro hallar en el libro del señor Roure pensamiento tan atinados como éste: «La verdadera Constitución de una vieja sociedad política es cosa que no puede ni debe ser escrita; es como la conciencia y el sentimiento de la nación que han ido elaborándose en el misterioso telar del tiempo y de la historia».

Señalaremos entre sus acertados trazos psicológicos el siguiente en que vemos admirablemente condensada la personalidad de Balmes: «Su sequedad intelectual, era sólo aparente; más que de fondo, era de estilo, efecto de su menor aptitud y educación para las tareas artísticas y literarias; en sus obras y en sus actos anduvieron siempre mezclados la cabeza y el corazón, y no menos que los grandes pensamientos, le movían los grandes afectos».

Nos sería grato extendernos más sobre la obra del señor Roure, pero los estrechos límites de una publicación diaria no lo consienten. Diremos, pues, resumiendo nuestra impresión, que libros como el que tenemos sobre nuestra mesa de trabajo, que reúnan las cualidades de crítica razonada, noble lenguaje y estilo adecuado al asunto, independencia de criterio y comunicativo entusiasmo por la ciencia ó la filosofía, no aparecen sino muy de tiempo en tiempo en Cataluña.

Por esto es singularmente digna de alabanza esta obra, y nosotros creemos faltar á un primario deber de cultura, si, á pesar de encontrarnos en la orilla opuesta al pensamiento del señor Roure, no saludáramos con sincera admiración su notable libro de *La vida y las obras de Balmes*.

CARLOS RAHOLA.

FOLLETO SENSACIONAL

LA LOCURA DE ALVAREZ DE CASTRO

por

P. BERTRANA y DIEGO RUIZ

PRECIO: 1 PESETA.

De venta en la librería de Dalmau Carles y kiosco de la Viuda de Ciriacó Marull.

Más hacer y menos palique (*)

A su regreso del extranjero, y de paso para Barcelona, nos visitó el gran apóstol del socialismo español.

¿Qué dijo Pablo Iglesias, en el mitin que dió en nuestro Teatro Principal?, de política, lo que todos sabemos; y de socialismo, muy poca cosa. Sin embargo, nosotros le aplaudimos con entusiasmo, más que por su oratoria, seca y vibrante, por las verdades que dijo, por la sinceridad de su palabra, porque abrigamos el convencimiento de que en política es de lo más sano y radical que tenemos y, en socialismo, una de las inteligencias que con más ardor y buena fé luchan para la emancipación de la clase obrera.

Cree Pablo Iglesias, y con él la mayoría de los españoles, que para traer la República, para acallar las ansias del pueblo, harto de miseria y de farsa, hay que ir á la revolución. ¡La revolución! ¿Quién ha de hacerla? ¿Quién ha de traer la República? ¿El pueblo? ¿Las circunstancias? Si, las circunstancias, porque el pueblo, si no le llevan, si no lo ve seguro, no va. ¡Se le ha engañado tantas veces! Esperemos.... meditemos....

Se abrirán pronto las Cortes, y los que en el parlamento llevan nuestra representación más legítima protestarán, lo estamos viendo, con elocuencia, con energía y hasta si se quiere con patriotismo, con odio, de la cuestión religiosa, de la nueva guerra que se nos prepara, de los presupuestos, de la ley de jurisdicciones, de las debilidades del Sr. Canalejas, del régimen, de nuestra gran vergüenza nacional y de... la arrogancia y tonterías de D. Dalmacio. Allí se discutirá todo, se hablará mucho, se llegará hasta á amenazar con la revolución, pero la revolución no vendrá, no porque no la quiera el pueblo, sino por que muchos de los que de ella hacen alarde son los que menos la desean. Si; en esa nueva legislatura Canalejas se saldrá con la suya, decimos con la suya si con la reacción transige, y caso de no transigir y de caer, como cayó Moret, el que le sustituya (un Weyler, por ejemplo) llevará adelante sus proyectos, quieran no quieran los republicanos,

(*) Hospitalaria siempre CIUDADANIA para los escritos de Janof esta vez, no obstante, tiene que advertir que el criterio de nuestro estimado colaborador no está bien amoldado con el de la redacción.